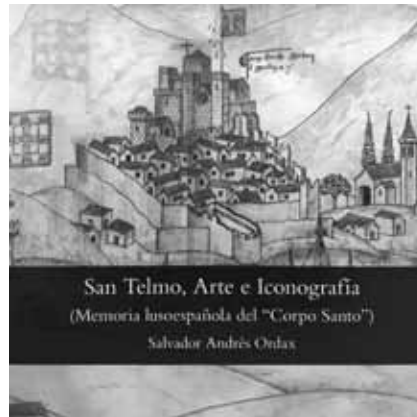


ANDRÉS ORDAX, Salvador, *San Telmo, Arte e Iconografía (memoria luso española del «Corpus Santo»)*, Edición de la Fundación Las Edades del Hombre, Valladolid, 2017, 228 pp., 342 ilustraciones en color y blanco y negro. I.S.B.N.: 978-84-88265-69-2.



En la reciente publicación de Salvador Andrés Ordax, catedrático emérito de la Universidad de Valladolid, se realiza un pormenorizado estudio sobre la impronta universal del nombre y de las representaciones del dominico palentino Pedro González, conocido como san Telmo y «Corpus Santo».

El investigador Andrés Ordax se ha dedicado durante muchos años a la iconografía y la difusión del patrimonio, con importantes aportaciones en este campo que se han convertido en una destacada referencia metodológica para esta línea de investigación, como ha sido su monografía publicada hace algunos años sobre el extremeño san Pedro de Alcántara que fue editada por la Institución «Gran Duque de Alba» de la Excm. Diputación Provincial de Ávila. En este contexto, la Fundación «Las Edades del Hombre» nos ofrece un nuevo estudio del autor al publicar esta obra que es el resultado de muchos años de trabajo tras los testimonios telmianos por la Península Ibérica, las islas de la Macaronesia y América. Su interés por el dominico fromista, consecuencia de las estrechas relaciones que ha tenido a lo largo de su vida docente con el País Vasco, Galicia, Castilla y Portugal, ha determinado el inicio y desarrollo de este libro que supone una importante aportación a los estudios de iconografía.

La monografía está formada por cinco capítulos y un epílogo, profusamente ilustrados con fotografías realizadas por el autor y grabados procedentes de las crónicas analizadas a lo largo de la investigación. Los diversos apartados conducen al lector a la reconstrucción de la memoria luso española del «Corpus Santo» a través de un organizado recorrido.

El primer capítulo nos introduce en la figura de quien fuese uno de los frailes seguidores de santo Domingo de Guzmán durante los primeros decenios de la Orden de Predicadores en los inicios del siglo XIII, orden que fue confirmada en 1216 por el papa Honorio III mediante la bula «Religiosam Vitam». Inspirado en la famosa frase del célebre ensayista y filósofo español Ortega y Gasset, publicada en 1914 en su obra *Meditaciones del Quijote*, el autor ha titulado el primer apartado «El protagonista y sus circunstancias». Andrés Ordax explica y analiza el correspondiente medio en el que vivió inmerso fray Pedro González analizando la influencia que ejerció en el mismo santo Domingo de Guzmán, el ambiente cultural palentino («Studium Generale») y religioso («Pentecostés dominicano»), así como su vinculación con el monarca Fernando III para pasar después al estudio de los nombres con los que va a ser conocido (fray Pedro González, «Corpo Santo» y San Telmo) y el reconocimiento de su «excelencia» en 1741.

El capítulo segundo es un excelso tratado de la iconografía de san Telmo, analizándose los atributos, los variados temas iconográficos y la difusión del santo a través de los grabados. En el tercer apartado titulado «Memoria de san Telmo por las costas lusoespañolas y de ultramar», se analizan los testimonios de la devoción a san Telmo como protector de los hombres del mar a través de un recorrido costero por la Península Ibérica desde Tuy, en cuya catedral reposan los restos del «Corpo Santo», hasta las costas del antiguo reino de Aragón, tras recorrer los puertos portugueses y andaluces. Se continúa por los archipiélagos de Canarias, Madeiras y Azores para finalizar con algunos ejemplos de ultramar.

Los capítulos cuarto y quinto están dedicados a las representaciones de quien fue, primero, deán de la catedral de Palencia y, más tarde, fraile dominico al que se llegó a tener gran devoción en el siglo XVI en España y Portugal como protector de los mareantes y que fue venerado como santo antes de ser canonizado, por lo que el papa Benedicto XIV reconoce el «cultus inmemoralis» del dominico a mediados del siglo XVIII. En el apartado cuarto denominado «Monumentos con repertorios iconográficos» se ofrece una cuidada selección de obras en función del amplio repertorio de la iconografía telmiana o de los importantes edificios dedicados a san Telmo. Los nueve ejemplos elegidos ofrecen variadas modalidades de la rica iconografía conservada; sillerías, retablos, pinturas murales o fachadas en capillas, criptas, ermitas, colegios o catedrales localizados en Tuy, Sevilla, Zumaya, Funchal, Setúbal y Massarelos.

El último capítulo está dedicado a las representaciones de san Telmo en 13 conventos dominicos y 7 catedrales, algunas de ellas ya desaparecidas, como el retablo del convento dominico de Vitoria contratado en 1568 en el que figuraba un amplio repertorio de la iconografía dominicana acorde a la distinción realizada a mediados del siglo XVI. Los dominicos hicieron difusión de sus más destacados religiosos a través de los grabados, pinturas o esculturas que figuran en conjuntos más o menos amplios. San Telmo aparece formando parte de estos repertorios dominicos en algunas tempranas obras, aunque su presencia tendrá un especial impulso a partir de la

mitad del siglo XVIII, coincidiendo con su canonización, como señala el autor del libro en el estudio de las obras analizadas.

Este libro analiza de manera rigurosa la iconografía y la memoria de san Telmo y aporta un valioso conocimiento del santo protector de los mareantes a través de un completo aparato bibliográfico nutrido de fuentes que se completa con un riguroso análisis de las obras artísticas conservadas, por lo que se convierte en una investigación de obligada referencia para quienes se dedican a esta especialidad.

Pilar MOGOLLÓN CANO-CORTÉS
Universidad de Extremadura

RUIZ GUTIÉRREZ, Ana, *El Galeón de Manila [1565-1815]. Intercambios culturales*, Editorial Alhulia, Granada, 2016, 375 pp. I.S.B.N.: 978-84-15897-69-9.



La esencia de todo viaje, más allá de la curiosidad o la vanidad, del deseo de conocer más lugares, personas y cosas, es la narración. Desde siempre los viajes han sido el origen de poderosos y profundos relatos en los que lo real se fundía con lo imaginado y el mito se confundía con la historia. Por esta razón, un periplo de doscientos cincuenta años, que atravesaba dos océanos, comunicaba tres continentes y ponía en relación directa algunas de las metrópolis más importantes durante la Edad Moderna, no puede ser, por menos, que el motivo central de una magnífica historia.

Ahora bien todo viaje, por corto que sea, por reducido que sea su trayecto y modestas sus pretensiones, precisa de una preparación mínima. Los pertrechos e impedimenta que nos tendrán que acompañar son semejantes a los instrumentos del historiador; junto con un buen número de objetivos claros y precisos, es necesario